

VALORES GITANOS / VALORES DEMOCRÁTICOS. EL VALOR DE LA IDENTIDAD, LA CIUDADANÍA Y LA EXIGENCIA DEMOCRÁTICA

Teresa San Román

Para la Fundación Secretariado Gitano. Abril de 2011

Hay una gran confusión respecto a los nombres (y, a veces, al concepto) de las cuestiones que nos interesan para este texto y me gustaría empezar por clarificar, en términos técnicos, al menos los conceptos generales más importantes para el propósito actual: identidad, cultura, cultura ciudadana, tradición, integración social, y asimilación.

1. Identidad: Supone la *Pertenencia* a un grupo social que afirma uno mismo y que es reconocida por otros.

Hay múltiples tipos de identidad en una misma (como mujer, como trabajadora social, como anciana, como paya, como gallega...) Se trata siempre de una identidad compleja que tiene que estar integrada en nosotros, pero al mismo tiempo plural, de forma que pueden adoptarse una de ellas o varias según sean las condiciones sociales y quiénes sean nuestros interlocutores. Unas veces ponemos el énfasis en ser mujer u hombre o en ser paya o gitana y, aunque suelen estar todas ellas presentes de alguna forma, es cierto que también es posible ocultar una de ellas a los demás en algunas circunstancias. El que un gitano no haga uso de su identidad como tal cuando se encuentra envuelto en una manifestación racista, sería un ejemplo; aunque su identidad se mantenga viva y presente en su interior (incluso, precisamente por estarlo), exteriormente queda oculta.

De la misma manera es inútil tratar de convencer a otro de que posee una identidad que él no se reconoce a sí mismo; presencié un debate en el que se exigía a un hombre que actuara como gitano, porque lo era su madre, pero él había sido criado como payo. Su padre era payo, se había educado como payo, no había tenido contacto con los gitanos y de ninguna forma consideraba que lo fuera, por lo que, evidentemente, no lo era. Carecía de esa identidad con independencia de su vínculo biológico, porque la pertenencia a un grupo social no la da la sangre, sino la construcción de esa misma pertenencia a través de procesos sociales como la enculturación y el mantenimiento de relaciones, hasta apoyarse en el propio sentimiento de pertenencia.

Lo mismo ocurre cuando alguien intenta mostrar una identidad que ese grupo de pertenencia le niega. Tiene necesariamente que luchar, convencer, para lograr el reconocimiento de los otros o de un segmento de esos otros. Cuando esa persona, sin embargo, sí se considera y se siente miembro de ese grupo y los demás se lo niegan, el sufrimiento de ser y sentirse lo que socialmente no se le reconoce es un proceso conocido para muchos tipos de identidad (la étnica y la de sexo, probablemente las más habituales) y solamente la auto-castración de esa identidad en la persona (lo que suele ser poco menos que imposible) o el logro del amparo del reconocimiento social, le permiten realizarse y vivir socialmente con normalidad. De otra forma, el sufrimiento y las trabas sociales pueden hacer insoportable su existencia como “soy lo que no puedo ser”.

Todo esto también es cierto para la propia variabilidad de nuestra identidad étnica, de forma que podemos decir que somos *Gitanos*, pero en algunas circunstancias, hablando con unos o con otros, tendremos que precisar, es decir, echar mano de algunas de nuestras identidades y no de otras. Diremos entonces que somos *(gitano)-rrom*, *(gitano)-sinti*, *(gitano)-gitano*. Y no solo eso: *hablando con otro (gitano)-gitano, podemos decir que somos gitano catalán, cafelete, bético..., o andarríos, casero...*¹

La *Atribución de identidad* es, sin embargo, algo diferente, porque supone que es otro en el que nos adjudica una identidad, nos identifica como le parece, nos guste o no, con malicia o por ignorancia. De ahí que, entre los propios gitanos se pase a veces de ser “*gitano*” a ser “*gitano pelúo*”, “*gitano apayao*”, “*gitano señorito*”, “*entreverao*”, etc.

2- Cultura

Siempre es *transmitida* y, para entendernos, *podría decirse que supone aquello que no se transmite biológicamente, sino que se aprende*. De esta forma, por ejemplo, todo el mundo, en cualquier cultura, hace un gesto para defenderse, pero se tapaná la cabeza con las manos o irá su puño contra el otro o buscará la lanza o el arco y la flecha o la pistola. El instinto defensivo es universal, pero la forma culturalmente interiorizada, aprendida, de defenderse, hace de ese instinto cuestiones diferentes al ponerse en marcha. Por eso se puede decir que la cultura se adquiere desde el principio de la vida y a lo largo de toda ella, desarrollando o inhibiendo lo que biológicamente y genéticamente puedan ser nuestras predisposiciones, de quién sea nuestro padre o nuestra madre. Entre otras cosas, como ejemplo (y es un ejemplo leve), un matrimonio payo (o uno gitano) no tendrá ni idea de que a su hija la cambiaron por error de

¹ En el contexto actual, que “gitano” sea una palabra española o “gipsy” inglesa, carece de pertinencia. En romanes la palabra común sería “*rrom*” / “roma” o “*romá*”, pero estoy escribiendo en español y sería tan absurdo no utilizar “gitano” como seguir escribiendo ahora “British” y “*gaelic*”, que es la forma de la lengua inglesa para “británico” (incluso, con poca propiedad, “inglés”) y “británico de Gales”. En España, hasta ahora y desde tiempos muy remotos, los gitanos se han llamado tales a sí mismos y por otros. Entre ellos, en todo caso, “caló”-“calí”, si se trata de la palabra original de los gitanos españoles. El intento unificador actual es una aculturación que creo es correcto, pero más bien en el orden político que no en el cultural. Hago esta aclaración porque sé que el uso de “gitano” hoy, crea disconformidad por parte de algunos gitanos españoles.

número de cuna al nacer, sin que nadie pueda saberlo nunca y la criatura será indiscutiblemente paya o gitana durante toda su vida. Lo cierto es que *no se nace, sin más, gitano ni payo: se aprende a serlo*, independientemente de cómo pueda afectar a favor o en contra la herencia biológica.

Podríamos hablar de la existencia de ciertas *características universales de la cultura*. En primer lugar, es cierto que los procesos de socialización-enculturación / educación en referentes culturales es universal y modela a la persona. Siempre es así. Culturalmente, los contenidos de esos referentes culturales son o pueden ser diferentes de un pueblo a otro, pero siempre se transmiten socialmente, de una u otra forma, en mayor o menor medida. Por ejemplo:

- La inclinación del común de los gitanos a la música, ya sea entre los más pobres o entre los más ricos, sería un referente cultural importante y extenso (no las características físicas de su oído, que podrían tener que ver especialmente con la herencia biológica).

- La tendencia de los gitanos a aprovechar la Movilidad, frente al Enraizamiento Territorial de los payos, al menos en nuestro contexto, sería otro de esos referentes culturales que después se plasman en el comportamiento y en el pensamiento de formas diferentes y que nada tendría que ver con su capacidad inicial para el movimiento físico del común de los miembros del grupo.

En segundo lugar, y entre otras cosas, la cultura se compone de conjuntos de elementos culturales. A veces son exclusivos de esa cultura, sin que conozcamos ninguna otra que los comparta, pero esto, que sin duda puede ocurrir, no es lo más frecuente, con independencia del grado de exclusividad étnica que les puedan atribuir los propios miembros de ese grupo étnico. Por ejemplo, el respeto al padre, a los viejos, a los muertos, por parte de los gitanos, son elementos culturales que encontramos en combinación diferente y distinta forma o, incluso, similar (nunca idéntica), en otros pueblos de la Tierra. Los valores, las normas, las formas de comunicación y de expresión que un pueblo tiene, pueden ser más o menos compatibles con los de ciertas otras culturas, que pueden muy bien tener otras diferentes.

Por esta razón, los valores, normas, usos y tradiciones de un grupo pueden o no ser compatibles con los valores democráticos. Ninguna cultura, en su totalidad, es incompatible con ninguna otra, pero aspectos de una cultura pueden chocar frontalmente con los de otra, también en el caso de que esa otra sea la cultura democrática. Y, en ese caso, es necesario optar y, si se opta por compatibilizar la cultura propia con la cultura democrática, entonces tendremos que hacer esfuerzos de adaptación, de aproximación. La convivencia entre los pueblos con culturas diferentes que se basa en los valores democráticos, no exige una identidad cultural común a todos ellos. Lo que exige es que todos adapten y ajusten sus culturas a los valores democráticos y lo que esos valores conllevan, en aquellos aspectos en los que realmente existe una situación de incompatibilidad. Sobre esa base, la convivencia democrática es posible entre pueblos con culturas diferentes.

Tomando el ejemplo anterior, el respeto al padre, a los viejos, a los muertos o el referente cultural que dota a los gitanos de la inclinación del común de los gitanos a la música, no son, en sí mismos, incompatibles con los valores democráticos; pero puede serlo el hacer música a las 4,00 h. de la madrugada en un lugar donde la gente duerme y tiene que trabajar al día siguiente o el obedecer a un padre que nos exige que atentemos contra la vida de otro o que lo insultemos por el mero hecho de no ser gitano (o payo, en la dirección contraria). En esos casos, la adaptación de esos aspectos de la cultura a formas que se puedan ajustar a los valores democráticos no es ni imposible ni es ningún atentado contra la cultura propia. Es una forma de evolución de las culturas a una situación de convivencia de un tipo (en este caso, el democrático) que exige adaptaciones por parte de todos. Si se piensa que a lo largo de la Historia y a lo ancho del Planeta todas y cada una de las culturas han realizado adaptaciones que les han llevado a compatibilidades con otros y a diferenciaciones con otros más, no parece que esto sea hablar de un milagro, sino de un tiempo en un espacio, de un momento histórico concreto. El que nos toca vivir y ante el que podemos tener actitudes y tomar decisiones distintas.

Podemos pensar en otros ejemplos muy comunes y que van en la dirección contraria que los anteriores. Que chocan claramente y que es necesario adaptar, negociar, por parte de todos:

- Si pensamos en un grupo de gitanos chabolistas a los que se traslada por la fuerza a pisos, o que lo adquieren por sí mismos, el valor gitano por el que cada familia se ocupa de lo suyo, se responsabiliza de su propia vida y de su propio entorno, hasta cierto punto con independencia de las demás, con los valores democráticos tan pronto como se enfrenta a la obligación de limpiar la escalera comunitaria. Esto sabemos que durante mucho tiempo ha creado problemas a algunos gitanos poco acostumbrados a las viviendas verticales. En la situación anterior, en el poblado, era lógica y funcional, posiblemente, pero en la nueva situación esta idea y este comportamiento contradice el valor democrático de la *solidaridad*, necesario para que la convivencia en espacios y con ciertos servicios comunes, sea posible. La adaptación de todos, es necesaria. También si aterriza allí un payo arruinado que nunca ha tenido que compartir nada con otros (o no ha querido, en este otro caso). También él va a tener que cambiar el no ocuparse de estas cosas y pagar para que se las hagan; tendrá que hacer compatible su cultura de clase en este aspecto con la común democrática y, si no quiere problemas, si quiere convivir en paz, tendrá que barrer la escalera cuando le toque.

- En ese mismo contexto, es relativamente frecuente que la asistencia de los hijos gitanos a la escuela sea diferente si se trata de un niño o de una niña, porque los propios patrones de hombre y mujer supeditan y minusvaloran en su capacidad y su derecho de decisión a las mujeres frente a los hombres. Por eso mismo, el niño puede ser “empujado” por su madre a ir a la escuela pero, en último término, va a la escuela si

quiere, mientras que a la niña se le ordena que vaya o que no vaya y punto. Solo cuando a los padres no les importa la asistencia escolar de su prole, niños y niñas tienen un tratamiento similar por parte de la familia: van si va a todos bien porque, en caso contrario, no importa. Sin embargo, esto es cada vez menos frecuente, cada vez es menos verdad. Pero cuando ese trato diferencial se da en cualquier grado, se contradice flagrantemente el valor democrático de la *igualdad y los derechos cívicos a los que todos tenemos derecho*.

Existe, en tercer lugar, otra característica universal de la cultura que me interesa señalar: la *enculturación-socialización / educación es un proceso abierto, constante, que nunca termina*. Y esto nos lleva a pensar en dos aspectos diferentes que conocemos de esta característica. Por una parte, enculturación y cultura son fenómenos *cambiantes en el tiempo y en el espacio* y, por lo tanto, no son rígidos, son moldeables. Cambian a lo largo de la vida de una persona, conforme el tiempo y las circunstancias varían en su vida, sin que necesariamente eso implique un abandono de su cultura, aunque quizá sí de algún aspecto de ella, y muchísimo menos implica una pérdida de identidad. A un gitano no lo hace gitano el ir en carreta o en caravana o en coche. Y no os creáis que esto lo tiene claro todo el mundo, porque no es así para muchos gitanos. No siempre los ejemplos pueden ser tan casi-claros. Otros pueden complicarnos más la vida. Por ejemplo, entre distintos gitanos de este país que conocemos:

- Algunos han abandonado el recurso a los *contrarios*. En una vida en convivencia con otros grupos étnicos y en convivencia con otros gitanos, y en una situación en la que la violencia directa y en cadena cada vez es menos funcional, poco a poco se fue dibujando este cambio, que empezaba tímidamente para la mayoría de los gitanos españoles en los años 60 y que era ya una realidad en algunas de sus minorías. La necesidad de convivencia y la disminución de competencia entre gitanos, por su mayor dispersión en un área de recursos más amplia y por su diversificación laboral (entrando en profesiones poco usuales en aquéllos años) condujo casi sin sentir a compatibilizar valores y usos tradicionales para la mayoría de los gitanos con valores y usos de convivencia democrática. En ella, los contrarios no eran sino un impedimento al propio desarrollo de una vida más integrada y ya sedentaria por lo general. Se dieron formas sustitutivas, negociación en la propia cultura, en las que ahora no me es posible entrar, que protegían ciertos aspectos de la división entre contrarios, pero el propio aspecto cultural de los contrarios, tal y como se conocía, ha desaparecido para, quizá, la mayoría de los gitanos de nuestro país.
- El *caló* se cambió por el *romanés*. No nos engañemos, porque nadie o casi nadie (por dejar una posibilidad abierta) hablaba hasta muy recientemente otra cosa que el caló y son todavía pocos los que lo han abandonado. Cae en desuso sí, y pierde muchas de sus formas y vocablos, pero se mantiene como la lengua propia de los gitanos españoles, que es lo que ha sido durante siglos, en virtud de los cambios y transformaciones que todas las lenguas sin excepción

experimentan, convirtiéndose en algo así como un dialecto del romanés (del que se hablaba hace siglos, no de ninguna de las versiones actuales) y una adaptación a la lengua vernácula de cada lugar de España. Ahora se aprende el romanés, por un imperativo de aculturación político-étnica. En un contexto como el europeo y en concreto el español, en el que la diferencia de la lengua se vincula estrechamente a la identidad, el territorio y, a veces, a la adscripción política de uno o de otro tipo, el adoptar una lengua común a todos los gitanos europeos (quizá la más común entre ellos y la versión lingüística más arcaica, más unificadora en la Historia común), es una estrategia política y en ese sentido, es adecuada, me parece a mí. Por eso se está aprendiendo². Y supone una adaptación transparente de la cultura a las condiciones y los tiempos actuales, en convivencia democrática y en oportunidad política común a todos.

No es preciso alargar más este argumento y estos ejemplos. Hay otros, innumerables, que muestran cambios en la cultura de los gitanos, como los hay sin duda también en la de los diferentes segmentos payos. Ejemplos que contrastan los años 60 y el momento actual pueden ser más importantes, como la bajada drástica y progresiva de la natalidad, una vez que la fuerza de un hombre va dependiendo cada vez menos de sus apoyos en vástagos y una vez que el tipo de vida más integrado hace muy difícil a los gitanos, a los payos y a cualquiera, criar y mantener un número elevado de hijos y que se va apoyando más en otras cuestiones, como el poder de la riqueza o las influencias. O como el rápido aprendizaje de la Informática, con el tipo de comunicación muy libre que posibilita. La cultura de los gitanos cambia porque cualquier cultura cambia. De las narraciones de G. Barrow al seminomadismo de tantos en las primeras décadas del pasado siglo, a la vida gitana mayoritaria en los poblados de los años 1950 a 1985, por poner una fecha (porque sigue), de los trabajos con el junco y la paja o el esquile de otros tiempos al chatarreo y la busca de esos años (y aún ahora) o el empleo en empresas o la profesionalización autónoma o liberal, todo son cambios, todo son adaptaciones, unas más adaptativas que otras, consecuentes con el tiempo histórico y el espacio. Y todos son gitanos, se dicen gitanos, son dichos gitanos. Los payos gallegos no son menos gallegos ni menos payos por labrar con tractor en vez de con un buey tirando de un arado ni porque las mujeres no lleven el negro en sus ropas y sus pañuelos, sino vaqueros y colores, ni porque antes se fuera más a Misa que ahora.

Todas las culturas cambian, también la gitana. La cultura evoluciona, recoge del pasado, inventa cosas nuevas, copia, se apropia de otros y presta a otros; y éste es un proceso permanente y universal.

Una tercera característica de la cultura que puede interesar ser resaltada, es su relativa inconsistencia. La cultura no es un todo harmónico, como un encaje de piezas perfectas. Las culturas tienen en su seno siempre *propuestas*

² Lo que no alcanzo a comprender es el abandono de la versión propiamente española, el caló, con todas sus variaciones riquísimas territoriales. Es una renuncia a la diversidad estrictamente gitana.

contradictorias. En el caso de nosotros, de algunos del vasto mundo de los payos, las incoherencias internas, las propuestas contradictorias, son a veces simplemente evidentes. Podemos poner brevemente algunos ejemplos bastante rotundos:

- Se proclama el valor de la Igualdad, frente a la existencia de clases sociales o el reparto mundial de poder y la riqueza.
- Se afirma el valor de la Libertad, frente a, todavía en múltiples casos, el sometimiento y la minusvaloración de las mujeres.
- Se expone, defiende y acepta, en general, el valor de la Solidaridad humana, frente a la patente primacía del interés personal, familiar o corporativo.

La cultura cambia inexorablemente, siempre y en todas partes. Pero todo el proceso cultural, aunque es cambiante, puede y debe ser reflexivo y crítico. No somos autómatas. En lo que a los valores y pautas culturales se refiere, podemos opinar, elegir, cambiar aquellos aspectos y elementos de nuestras culturas que rechazamos o bien situarlos como menos importantes, por debajo de otros que respetamos más y a los que podemos dar prioridad.

3. Tradición:

Por todo lo que acabo de decir se sigue que deberíamos replantearnos el propio concepto de "Tradición". *No hay UNA tradición*. Esto es evidente si pensamos en todas aquellas cosas que nuestros abuelos (y sin ir más lejos) consideraban tradición y que nosotros más bien pensamos que son "cosas de los viejos". Cada tiempo y, seguramente, cada generación, transforma lo que entiende que es el núcleo tradicional de su cultura. Sin embargo, algunos elementos culturales, se transmiten ya más como símbolos de la identidad que como lo que en su día fueron. La rueda del carro, es un buen ejemplo de lo que digo.

Lo cierto es que *se selecciona de la cultura y de la Historia lo que nos apoya en el presente, lo que nos da razones o argumentos o lo que hemos transformado en símbolos identitarios*. Si pensamos en la tradición cultural de muchísimos de los gitanos españoles actuales, la Pragmática de los Reyes Católicos se selecciona como elemento de esa tradición histórica, pero no el "balichó mullao" a campesinos pobres. En ambos casos estamos ante elementos de nuestro acervo histórico-cultural de nuestro pueblo y, sin embargo, a uno se le pone en primer término y el otro se oculta, se olvida o simplemente se ignora, porque no es adecuado a nuestros intereses históricos, sociales y políticos actuales. La tradición puede inventarse, incluso. O puede desenterrarse, si conviene, del más puro y ancestral olvido (como el romanés en los gitanos españoles). La tradición se construye con retazos del pasado que tienen un papel que jugar en el presente. En cualquier grupo humano.

De la misma forma, cada identidad se construye seleccionando de la cultura y de la Historia ciertos elementos, mientras se ocultan otros. Por eso, para unos y no para otros, se puede ser buen gitano sin hacerse contrarios ni aceptar su herencia.

Y aquí surgen varios problemas. Si la tradición es cambiante y se construye, entonces es manejable. Por lo tanto, a veces hay enfrentamientos absurdos por el “verdadero carácter de la tradición” o a propósito de “la verdadera cultura” e incluso “la verdadera identidad”. Todo ello es fruto de diferencias internas o bien solo se trata de argumentar el respaldo de la “tradición” a nuestras posiciones.

Por eso *Identidad y tradición* son parte de la cultura, son cultura. Pueden suponer y entenderse como un honor o como algo que es necesario transformar, pero también es cierto que a veces se utilizan como coartada ante la cobardía o la irresponsabilidad e, incluso, como base para el negocio o el propio interés. Y eso, en nuestro caso, no es admisible y no interesa, a la larga, al conjunto de los gitanos.

4. Además de todo esto, hay una **cultura común de la ciudadanía**, que es la que nos permite vivir a todos juntos con y por encima de nuestras diferencias, que da derechos, impone obligaciones, exige responsabilidades, protege y da un orden común a la vida y a las relaciones ciudadanas *con independencia y por encima de las diferencias* entre pueblos, segmentos sociales, posiciones de estatus, sexo, edad y cualquier otra. Es deber en especial de las instituciones públicas que se cumplan. Pero también es deber y es responsabilidad de todos (y así, se le debe exigir a las instituciones y a cada uno de nosotros). Esto no quiere decir que esa cultura común de la ciudadanía y de la convivencia sea un código inalterable. Puede mejorarse, puede cambiar si los tiempos y las condiciones cambian. Pero siempre habrá que tener presente que, siendo común a todos los pueblos de una sociedad, será cosa de todos ellos, no de uno solo y de todos y cada uno de sus miembros. Esto es un reto y un camino largo, pero es un horizonte al que, poco a poco, se van dando pasos.

A partir de todo lo dicho hasta ahora, se pueden ya plantear dos cuestiones importantes: una, respecto a la sociedad democrática y la cultura de convivencia democráticas. Otra, respecto a la adscripción personal a esa sociedad y a esa cultura de convivencia común:

Primera: lo que significa la integración social, la cultura selectiva y la asimilación

- **Integración social:** una persona o un colectivo de personas está integrada cuando tiene reconocido (y está en condiciones de practicar) el Estatuto Cívico como Ciudadano. Son esos derechos y obligaciones ciudadanas las que permiten su desarrollo normal en la sociedad, de manera que, por ejemplo, es

lo que le otorga una posición de ciudadano por la que puede ir y va a la escuela, tiene y conoce su trabajo, tiene libre acceso, conoce y sabe usar los servicios sanitarios, cumple como vecino, tiene derecho a moverse por el país y lo tiene a defenderse en un juicio o a denunciar un perjuicio ante un juez, etc. Tiene esos derechos y obligaciones, entre otros, pero tiene que tener igualmente las *condiciones* sociales que le posibiliten para ejercerlos.

-Cultura selectiva: en todo proceso de integración social es preciso incorporar la cultura del país o aquellos aspectos de la cultura que son necesarios para integrarse (ni se puede ser empleado de banca sin saber lo que haya que saber de Matemáticas, ni enfermera sin saber Enfermería ni reparador de ordenadores sin Electrónica ni es posible hacer estos trabajos sin conocer y usar las normas de convivencia y las que establece el trabajo, los convenios y las leyes sobre horarios, condiciones laborales, remuneración, etc.). Es imprescindible este tipo de aculturación. Pero eso *no quiere decir que toda la cultura de este país que finalmente se puede seleccionar para favorecer la integración sea necesariamente buena para ejercer la propia ciudadanía*. Basta con un ejemplo sencillo: en el proceso de integración una persona también puede adquirir conocimientos sobre cómo especular, competir con todos y tantísimas otras cosas que, por desgracia, están en nuestra cultura (y/o en la suya) y que son perniciosas y destructivas de cualquier tipo de convivencia democrática. Estar integrado no supone, por tanto, abrazar, cumplir y guiarse por cualesquiera que sean los valores y pautas que nos rodean. A veces, pervierten y contradicen los democráticos y, también en ese caso, queriendo o sin querer, pueden seleccionarse en el proceso de integración. Es decir, en definitiva, para la integración es imprescindible adquirir ciertos elementos de la cultura del país, pero no toda la cultura. Eso es lo que nos permite una integración, lo que nos permite rechazar la parte de la cultura que atenta contra la convivencia cívica democrática y lo que nos posibilita mantener las diferencias culturales, la pluralidad e interculturalidad en el seno de nuestra sociedad. Hay cultura de convivencia cívica democrática y cultura de la barbarie y el abuso, tanto en las culturas mayoritarias como en todas y cada una de las minoritarias de este país, incluida la de los gitanos. Es necesario integrarse cívicamente desde cada cultura diferente, no lo es el seleccionar lo peor de la mayoritaria ni de ninguna otra.

- Asimilación: Supone la renuncia, el olvido, la despersonalización. Asimilarse es no ser capaz o no tener otra opción (más difícil) que ser lo que uno es. Supone ser otro, convertirse en el otro, pertenecer a otro pueblo, renunciar a los símbolos culturales de tu identidad y a tu propia identidad étnica. Una cosa es integrarse como gitano y otra transformarse en payo.

La **segunda** cuestión importante que quería plantearos se refiere a la propia sociedad democrática y la cultura de convivencia democráticas.

Cuando hablamos de Democracia, hablamos de un sistema político y social basado en el poder de todos. Significa que el poder reside en el pueblo. En cada uno de los miembros de ese pueblo. Cualquier cesión de poder es voluntaria y tiene límites. Cualquier poder democrático, por tanto, es delegado por cada uno de los miembros de ese pueblo para ser administrado y no puede

usarse para menoscabar la igualdad ni otros valores democráticos, porque entonces es un fraude.

Pero sistema político democrático no es lo mismo que sociedad democrática, aunque se harten de decirlo: se enseñan valores democráticos, se ensalzan, pero solo algunas veces se protegen y se practican, tanto por parte de quienes administran nuestro poder como por parte de todos y cada uno de nosotros: existe por lo tanto un serio conflicto. Resolver este conflicto democráticamente es una tarea colectiva que reclama construirse entre todos.

En el caso de nuestras sociedades, de nuestro propio país, la forma que adopta el sistema político es democrática pero, por el contrario, el sistema económico es profundamente desigual e injusto, impera una prioridad del dinero sobre cualquier otro valor, es muy escasa la participación real de los ciudadanos, entre otras cosas, la implantación de la cultura ciudadana y de los valores democráticos son todavía muy deficientes y, a pesar del discurso, en la práctica social existen problemas como, por ejemplo, el fundamentalismo y el racismo en distintas proporciones y en diferente distribución, pero por todas partes. La sociedad mayoritaria de nuestros países, que ha sido capaz de implantar una democracia formal en el sistema político, arrastra un déficit alarmante de construcción de una sociedad democrática. Tampoco recibe mucha ayuda de lo hecho por otros pueblos.

Desde esta perspectiva, también es algo que empaña la propia cultura de los gitanos. Cuestiones como el abuso en el interior de la familia y entre familias, la falta de representatividad política en este momento de incipiente implantación de una política que dice querer ser democrática; el racismo, (inconsciente a veces y otras no) de muchos contra los payos por el hecho de serlo o contra otros grupos inmigrantes, incluso gitanos también; el clasismo, que con claridad separa de los gitanos con mayor fortuna de los que llaman "pelúos"...; esas y otras cosas, como ocurre en otros lugares y pueblos, contradicen precisamente lo mismo que se está reclamando para uno mismo.

Por lo tanto, de lo que es necesario hablar cuando se desea una sociedad y una convivencia democráticas (ésta entre otras muchas otras cosas), es de lo que implican los valores democráticos, se sea payo o gitano o *rrom* o marroquí. Ni puedo extenderme mucho en las demás cuestiones, ni siquiera en ésta. Por eso no hablaré de todos los valores democráticos. Solamente de algunos que son especialmente difíciles de lograr o que pueden entrar en conflicto con otros aspectos culturales, payos y/o gitanos, y que elijo personalmente para el propósito actual.

Valores culturales democráticos

I. Valor democrático de la igualdad

Cualquier persona vale lo que cualquier otra como ser humano y, por tanto, unos no tienen derecho a oprimir, explotar, agredir, arrebatar, menospreciar, a otros. Todos deben tener los mismos medios a través de las mismas oportunidades iniciales que todos los demás. Cualquiera tiene el mismo valor humano que cualquier otro.

El «otro», cualquier «otro» (y, en nuestro caso, ese otro puede tratarse de un gitano o de un payo), tiene derechos ciudadanos básicos comunes a toda la Humanidad y si desea realmente hacer uso de ellos tiene que poder hacerlo; tiene derechos aunque sea un asesino, aunque sea un racista, aunque sea un gitano, aunque sea un payo, aunque sea un marroquí, tiene derechos.

La igualdad es un PACTO de derechos universales fundamentado no en una realidad (nada menos real que la igualdad en este mundo nuestro), sino en una creencia, en una fortísima convicción, una idea por la que luchar. La dignidad humana, en sus últimas consecuencias, *no se gana, se tiene*, se dispone de ella. Por eso no es más humanamente digno un ministro que un mendigo. La desigualdad entre ese hombre con mejor posición en la escala social y ese otro que se adhiere como puede a su último peldaño, es evidente. La desigualdad es patente. Pero los derechos fundamentales tienen que ser suyos de la misma forma. Y la creencia en que la sociedad sería incomparablemente mejor si la realidad fuera más igualitaria y la convicción profunda de que los derechos comunes tienen que abarcar a todos con independencia de su posición social, de la edad, el sexo, el color de piel o la cultura, la opción religiosa, por encima de cualquier otra diferencia, es una convicción por la que, decía antes, merece la pena luchar. Otros derechos, como puede ser el de un cirujano para hacer una intervención quirúrgica, se adquieren y se reglamentan por ley. Otras obligaciones, como la de pagar el transporte público, se adquieren mediante la educación y se reglamentan normativamente. Pero el respeto a la fragilidad de la ancianidad o la búsqueda de una crianza y una educación favorables para nuestros hijos, reglamentadas o no, son obligaciones que responden a los derechos fundamentales y universales de los seres humanos, sean hijos o ancianos o enfermos o sanos o jóvenes o padres.

Si somos plenamente sinceros con nosotros mismos, la verdad es que no hay razón lógica alguna para abrazar o no ese valor de la igualdad y podemos optar por vivir abusando del prójimo, aprovechándonos de su desconocimiento o de su debilidad, por ejemplo. Podemos hacerlo y sabemos que no son pocos los que lo hacen. Pero no es lo que queremos: lo que hay, cuando lo hay, es un *compromiso con este valor de la igualdad, un compromiso que le obliga a uno mismo.*

Por eso no me parece aceptable que no se reflexione más sobre el contenido real de este valor. A veces oímos “yo respeto lo que Vd. dice”, “yo le respeto a Vd.”, y mientras tanto se está haciendo lo posible por ridiculizarlo o por engañarlo, por ejemplo. Tampoco me parecen aceptables cuestiones como que se acepte y se reclame la igualdad “con los de arriba” pero no “con los de

abajo”. Ni el recurrir a *delimitar* el espacio político, social o cultural, que permite conciliar el derecho de la igualdad y el hecho, es decir, la discriminación que se disfraza de igualdad en un “todos *nosotros* somos iguales entre *nosotros*”. A “ellos” se les puede discriminar. Y esta es una idea y una práctica pavorosa, porque permite al individuo llamarse “igualitario”, “demócrata”, cuando en realidad lo es sólo en el interior del grupo que le conviene, mientras niega su calidad de humano al resto del mundo o, al menos, al resto del mundo que trata.

Sobre este mismo valor. Creo que existe una versión raquítica y fundamentalista de la igualdad, de manera que se practica como un *principio de igualdad condicional*; es decir, lo que nos preguntamos no es tanto cómo ensanchar la igualdad sino qué requisitos vamos a pedir para el acceso restrictivo de las personas a la igualdad: ¿Qué requisitos tiene que cumplir para ser igual de persona que yo, que nosotros? Los derechos, de esta forma, se vinculan al cumplimiento de exigencias o se condicionan a la catadura moral que el que juzga la situación le atribuya subjetivamente al candidato a igual. “Tiene derecho a una casa si es limpio” o “tiene derecho a que le atiendan en urgencias si está empadronado” o “tiene derecho a...si es católico o musulmán o aleluya” o “tiene derecho si es payo pero no si es gitano” (o “si es gitano pero no si es payo”). El condicionar el derecho a la igualdad, es destruir los derechos fundamentales de la Humanidad, que se tienen porque se es, mientras que otros se pueden o no adquirir y, siempre, en todo caso, con sus correspondientes responsabilidades y obligaciones.

Por otra parte, no somos sinceros si no nos enfrentamos con nuestras propias contradicciones y miserias, si no somos auto-críticos para poder ser críticos. Y, en el tema que estamos tratando, el pensar en igualdad total, real, a secas, comprometería a vivir sin fronteras ni privilegios de ningún tipo, es decir, perjudicaría a nuestros propios intereses, igual que los perjudicaría un reparto igualitario de la riqueza en el mundo. Hay que ser consciente de esto y aceptar la parte que nos toca, saberla cada día y ser consecuentes y conscientes de nuestras limitaciones; saber en qué límite del egoísmo situamos nuestro compromiso con la igualdad. O no aceptarla, olvidarse de los valores democráticos y, entonces, por favor, callarse.

El practicar la igualdad es así un proyecto vital: «*Consiste en eso que debemos, a pesar de todo, intentar hacer...*». (Lo decía M. Horkheimer y es importante).

Vivimos en una democracia formalmente política (y menos mal) pero en un sistema económico desigual, con oportunidades desiguales, vivimos en una sociedad desigual: nuestra lucha democrática por la igualdad es urgente y nos atañe a todos constantemente. Es un camino en el que se puede empezar por un paso e ir caminando por él día a día. La cuestión es sobre todo, más que lo que en cada momento logramos recorrer, lo que en cada momento hacemos por construir este largo camino.

Nosotros, todos, tenemos muchas tareas comunes si de verdad deseamos la igualdad. Solo unos ejemplos:

- Promoverla en la educación escolar y familiar,
- Incluir en nuestras propuestas a todos (¿solo familia? o ¿solo payos? o ¿solo gitanos?), favoreciendo la igualdad de oportunidades de los gitanos pero sin perjuicio real de otros o silenciando el sufrimiento de otros que no lo son.
- Aprovechar para crear oportunidades para todos desde el trabajo y el ejemplo de los gitanos y los payos que los apoyan.
- Estar dispuesto a renunciar al uso del poder ante otros que no lo tienen en la misma medida.

Necesitamos urgentemente trabajar todos por la unidad de acción en todo esto con otras personas, con otras asociaciones, poco a poco, sustituyendo la competencia por la colaboración, el egoísmo por los objetivos comunes, convenciendo y no imponiendo.

II. Valor democrático del derecho a la diferencia (cultural, en este caso)

Contra este derecho fundamental encontramos, especialmente y no solo:

- Racismo y fundamentalismo cultural (fundamentalismo religioso, ideológico, político, étnico, de género, de cualquier tipo)
- Clasismo
- Machismo (que en realidad es una forma de racismo, en la medida en que supone la discriminación basada en las características físicas)
- Prejuicio de edad, tanto de los jóvenes contra los viejos como lo contrario.

Todos ellos suponen un prejuicio en las ideas, en las actitudes y en las prácticas discriminatorias.

El prejuicio conduce a la discriminación de otras personas, pueblos, colectivos. Pero, aunque no puede haber una justificación del abuso, de la explotación y la exclusión, sabemos que los hay de muchas formas, en payos y *también* en gitanos:

- En nuestro sistema económico
- En los ancianos que, de una o de otra forma, son relegados en sus derechos por los más jóvenes, (bastante extendido, sobre todo entre payos) o en los viejos que explotan el trabajo de sus hijos (bastante extendido entre gitanos)
- En los maridos y padres o hermanos que explotan o dominan o relegan en sus derechos fundamentales a esposas e hijas (No cabe duda de que en esto hay grados, pero, de una o de otra forma, es algo muy extendido)
- En yernos o nueras explotados por sus suegros (más frecuente entre gitanos)

- Por otra parte, hay infanticidio y senilicidio en otras sociedades y algunas de ellas lo practican de forma muy dura y clara. También los hay en la nuestra, aunque se realiza de manera menos ostensible, más disimulada, como, por ejemplo, alimentando mejor a los niños que a las niñas, atendiendo mejor a la salud de los hombres, concediendo más descanso o más recursos a unos hijos que a otros, desatendiendo la salud de los ancianos...

El racismo es muy frecuente que no se auto-reconozca. Casi nadie se declara o admite ser racista ni tolera que se le llame racista aunque en sus hechos y en sus ideas y actitudes lo sea; y esto no solo ocurre entre los payos; en absoluto; pasa también entre gitanos. Al ser víctimas prioritarias de los racistas, los gitanos, que han sufrido tan brutalmente por ello, han olvidado examinarse a sí mismos y preguntarse si sus ideas y sus actitudes y su comportamiento es o no racista con respecto a otros, a veces también gitanos (como está en algunas ocasiones ocurriendo con los *rroma*), más frecuentemente con los payos (a los que suele ser, para muchísimos, menos grave - o nada grave – mentir, engañar, insultar o, simplemente, no otorgar a esos payos la categoría humana que merecen como personas, iguales que los gitanos.

Por desgracia, el racismo y otras formas de prejuicio y discriminación se combaten, absurdamente, con la atribución generalizada e indiscriminada de la “mala conciencia histórica” y el dirigir el discurso contra los mismos a quienes se quiere convencer. A veces me he sentido en la obligación de recordar a una persona que yo no soy Isabel la Católica o a otra de otro continente que no fui a la conquista de América masacrando indios. De lo que se trata es de combatir el racismo y el prejuicio haciendo uso de nuestros derechos pero también razonando, convenciendo, dando argumentos en contra y no solo de palabra, sino con nuestro propio ejemplo. Si se continúa, como se está haciendo ahora con tanta frecuencia, recurriendo a la maldad histórica para culpabilizar a quienes nada tuvieron que ver con ella (cuando es así, naturalmente), hace injusto el combate antirracista (porque mete a todo el mundo en el mismo inmundo saco) y por tanto lo tanto lo subvierte y lo debilita. El discurso antirracista debería dirigirse específicamente contra los racistas. El discurso antirracista debería no solo recordar la Historia (que no debe olvidarse para poder comprender) sino argumentar, convencer³.

Por el contrario, la gran y temible ventaja del racismo es su capacidad para convencer, porque conecta con los intereses egoístas a base de circunscribir los derechos a unos y negarlos a otros, de manera que separa a los seres humanos y los aísla entre ellos. Y hace esto recurriendo al amor a lo propio, a la propia cultura, a la propia “tradición” o al propio fenotipo, por encima de cualquier derecho y dignidad que los demás puedan tener, recurriendo también al rechazo a lo que no se ajusta a lo propio. El deseo final es conseguir o mantener un orden social y económico, conseguirlo o no cambiarlo si ya lo tiene, a no ser que el cambio sea “mejor para mí o para nosotros”.

³ Para quien tenga gusto por la lectura aunque sea densa, le recomendaría que leyera a un autor francés, P. A. Taguieff. Yo misma, sin ser tan sabia como lo es él, he escrito sobre esto “*los Muros de la separación. Ensayo sobre alterofobia y filantropía*”, Tecnos 1996, Madrid, que en parte se recoge o inspira este texto.

Por esa razón, un verdadero antirracismo (igualitario y solidario) es más difícil de defender, de extender y *de aceptar* plenamente; porque tiene que defender lo que no le interesa de hecho y tiene que hacer lo que no desea por principio.

III. La tolerancia es un valor democrático íntimamente unido a los de la igualdad y la solidaridad, porque solamente quien piensa que la persona o el grupo o el continente que tiene delante es igual en derechos que él mismo, que adquiere el compromiso de promoverlo a lo largo del camino de su propia vida, solo ése es el que está dotado para la tolerancia. *Reclamar tolerancia de los demás cuando uno no acepta en sus ideas y en su vida la igualdad ni la solidaridad para con los otros es totalmente desigual e insolidario.*

Pero permitidme que me refiera a lo que podemos entender que es tolerable. No es admisible que se tolere todo, cualquier cosa, cualquier diferencia, cualquier comportamiento, porque estamos hablando de un valor, la tolerancia, que se hermana sin ningún resquicio a los otros valores democráticos. Por eso no es justo tolerar la exclusión, la discriminación y el abuso. Ni estos ni otros muchos atropellos a la humanidad de los demás. En pocas palabras, «lo intolerable», no se le puede tolerar ni al «otro»⁴, y eso ni quita ni pone un ápice al estatuto utópico de igualdad de ese otro, a nuestra solidaridad (que prestaremos con más ganas o haciendo de tripas corazón) en la consecución de sus derechos, si quiere usarlos.

Diferencia + tolerancia + igualdad, son valores asociados, imposibles de distanciar. Esa es la razón, una más, por la que es imprescindible revisar la *defensa no-intencionada del fundamentalismo cultural*, porque es un arma racista. El fundamentalismo, sea religioso (de la religión que sea), ideológico-político (de la ideología política que sea) o cultural en su sentido más amplio (de la cultura que sea), es parte de lo intolerable. Y todos nosotros deberíamos rechazar lo intolerable, me da lo mismo si es payo, gitano o de quien sea. Y, como no, empezar esta tarea por uno mismo, por mí misma, porque algo oculto en cada uno puede estar agazapado en el terreno de lo intolerable, muy probablemente.

IV. El valor democrático de **la solidaridad**, como comentaba antes al referirme a la igualdad, tampoco es algo que podamos considerar un universal humano, precisamente, aunque eduquemos a nuestros jóvenes (o al menos debamos hacerlo) y nos esforcemos nosotros mismos por llevarlo a nuestra vida en toda la intensidad posible. En la medida en la que exige de nosotros ponernos en la piel del otro, promover su igualdad con nosotros mismos y en la sociedad, tolerar sus diferencias (las que son tolerables respecto al conjunto de la Humanidad y la convivencia ciudadana), a veces no se tiene una predisposición natural, fluida, alegre, para cumplir con ella. A veces hay que hacer de tripas corazón, lo decía, pero si es una convicción auténtica en nosotros, es una exigencia que nos imponemos. Se trata de una fortísima

⁴ En este punto en concreto, el artículo de Goselin es clarificador y valiente.

convicción para la que pondría como base de su universalidad el *considerar el dolor del mundo como dolor propio, el dolor del otro como dolor propio*. Compromete a una exigencia de colaboración y ayuda para quienes lo tienen peor que nosotros, una identificación con la necesidad y el sufrimiento ajeno.

La relación sólida entre Igualdad + derecho a ser diferentes + tolerancia + solidaridad, valores fundamentales democráticos, es una opción vital, es un camino a elegir para un mundo más justo en el que todos quepamos. Es el fundamento de la convivencia democrática entre culturas diferentes, entre identidades étnicas distintas.

Por lo que a nosotros nos toca y de forma muy urgente y especial, deberíamos introducir el anticlasismo y el antirracismo, tan necesarios en el mundo, no solo entre los payos y las instituciones, también en el pueblo gitano. Porque hay poca consciencia de ello y, cuando la hay, demasiado frecuentemente se oculta, se entierra.

Conclusiones:

1- El **otro** tiene tantos derechos como **yo**, como **nosotros**: *esto rechaza en sus fundamentos toda existencia de explotación, dominación o exclusión en el propio interior del «Otro» y de “Nosotros” (sea «otra» o nuestra sociedad, nación, pueblo, comunidad, vecindario o tribu, según el contexto).*

2. *El ser una minoría no es garantía de valores democráticos ni de antirracismo ni de solidaridad ni de amor a la igualdad, la verdad o la justicia.*

El que la minoría tenga mayor poder es un *remedio parcial al abuso*, pero nada más, no es una garantía de buen uso del poder y tampoco de que no recaiga internamente, en su propia casa, en su propio pueblo.

3. *Deberíamos acometer de forma más clara y decidida proyectos comunes en un contexto de lucha por los valores democráticos entre personas y grupos y pueblos diferentes, respetuosos con la diferencia en el contexto de la solidaridad, la igualdad buscada y la libertad asumida con responsabilidad cívica y universal.*

En todos estos terrenos de los que he hablado hay muchas cosas que **podemos plantearnos en común** gitanos y payos, tareas que podemos pensar, organizar y realizar juntos porque tanto unos como otros lo necesitamos, aunque varíen algunas cosas. Menos de las que se suele suponer. Pienso yo que, solo como ejemplos entre muchísimos otros, podría señalar la atención a la situación de la mujer gitana y de los viejos sin hijos, el promover la opinión y los planes concretos de apoyo a los más débiles, a los más pobres, a los que peor lo tienen; también a las culturas minoritarias, a las lenguas minoritarias; promover alternativas a las Historias contadas desde los

enemigos (la Historia de los gitanos contada por payos que los desprecian, la Historia de la Humanidad, que prescinde de las mujeres y es, la mayoría de las veces, la Historia de los hombres) y tantas otras cosas. Podríamos, de una vez, incidir para que se introduzca un antirracismo crítico en textos, actos, etc., un antirracismo general, de todos y ante todos, que beneficie a todos los discriminados, que apoye la diversidad de las identidades. Podríamos programar, realizar y/o participar en tareas comunes y comunitarias llevadas a cabo por gitanos, por payos y por otros. Lo que planteo no es que los gitanos dejen de llevar a cabo actuaciones que beneficien a los gitanos. Eso está bien, es necesario siempre que se realice con un espíritu humanitario y abierto. Igualmente, tampoco que los payos autóctonos de este país deban de trabajar solamente para su propio beneficio (ya hay demasiadas instituciones que hacen esto y habría que transformarlas en este mundo de mil culturas). Pero sería estupendo que gitanos y payos, marroquíes y chinos, todos los que estén en cada entorno, acometieran también acciones conjuntas y, aún más, que cada uno de ellos por separado, cuando por sí mismos, por sí solos, llevaran a cabo esas actuaciones, tuvieran como objetivo los problemas que aquejan a muchos, no solamente a los suyos. Sería un ejemplo que se podría exigir a los más poderosos. Ya sé que esto que digo, choca. Qué se le va a hacer. Pero, personalmente, no me gusta que un ayuntamiento excluya de sus planes de vivienda a los gitanos, ya lo sabéis. Lo que ocurre es que tampoco me gusta que una asociación gitana se mueva solamente por las necesidades de vivienda de sus gitanos y margine a otros de sus vecinos. Perdonad si os digo lo que pienso. No tiene mayor importancia que el ser lo que pienso, y os debo lealtad, sinceridad.

Por supuesto, el único valor de este texto, y no es mucho, es ese, decir lo que pienso. El destino de los gitanos es suyo. El destino de esta sociedad es nuestro, de todos. Y deseo con toda mi alma que quepamos todos, diferentes y solidarios. Lachí bají, que, al menos antes, se decía. Pero ya soy vieja. Os quiere: Teresa.